

Comienza la novena jornada del Decamerón, en la cual, bajo el gobierno de Emilia, discurre cada uno sobre lo que le gusta y sobre lo que más le agrada.



La luz, cuyo esplendor ahuyenta la noche, había ya cambiado todo el octavo cielo de azulino a color celeste, y comenzaban por los prados a erguirse las florecillas, cuando Emilia, levantándose, hizo llamar a sus compañeras e igualmente a los jóvenes; los cuales, venidos y poniéndose en camino tras los lentos pasos de la reina, hasta un bosquecillo no lejano de la villa fueron, y entrando en él, vieron que animales como los cabritillos, ciervos y otros, que no temían a la caza por la existente pestilencia, los esperaban no de otra manera que si en domésticos y sin temor se hubiesen convertido. Y ora a éste, ora a aquél acercándose, como si debieran unirse a ellos, haciéndolos correr y saltar, por algún tiempo se recrearon; pero elevándose ya el sol, a todos pareció oportuno volver. Iban todos engalanados con guirnaldas de encina, con las manos llenas de hierbas odoríferas y flores; y quien los hubiese encontrado nada hubiera podido decir sino: «O éstos no serán por la muerte vencidos o los matará alegres». Así pues, paso a paso viniendo, cantando y bromeando y diciendo agudezas, llegaron a la villa, donde todas las cosas ordenadamente dispuestas y a sus servidores alegres y festejantes encontraron. Allí, descansando un tanto, no se pusieron a la mesa antes de que seis cancioncillas (la una mejor que la otra) fuesen cantadas por los jóvenes y las señoras; después de las cuales, lavándose las manos, a todos colocó el mayordomo a la mesa según el gusto de la reina; donde, traídas las viandas, todos alegres comieron; y levantándose de ello, a carolar y a tocar sus instrumentos se dieron, por algún espacio; y después, ordenándolo la reina, quien quiso se fue a descansar. Pero llegada la hora acostumbrada, todos en el lugar acostumbrado se reunieron para contar sus historias, y la reina, mirando a Filomena, dijo que diese principio a las historias del presente día; la cual, sonriendo, comenzó de esta guisa:

NOVELA PRIMERA

Los amantes desengañados

Doña Francesca, amada por un tal Rinuccio y un tal Alessandro, y no amando a ninguno, haciendo entrar a uno como muerto en una sepultura y al otro sacar a aquél como a un muerto, y no pudiendo ellos llegar a hacer lo ordenado, sagazmente se los quita de encima.

Señora, mucho me agrada, puesto que os complace, ser quien corra la primera lid en este campo abierto y libre del novelar en que vuestra magnificencia nos ha puesto; lo que si yo hago bien, no dudo que quienes vengan después no lo hagan bien y mejor.

Muchas veces, encantadoras señoras, se ha mostrado en nuestros razonamientos cuántas y cuáles sean las fuerzas de Amor, pero no creo que plenamente se hayan dicho, y no se dirían si estuviésemos hablando desde ahora hasta dentro de un año; y porque él no solamente conduce a los amantes a diversos peligros de muerte, sino también a entrar en las casas de los muertos para sacar a los muertos, me agrada hablaros de ello con una historia (además de las que ya han sido contadas), en la cual el poder de Amor no solamente comprenderéis, sino también el talento de una valerosa señora aplicado a quitarse de encima a dos que contra su gusto la amaban.

Digo, pues, que en la ciudad de Pistoya hubo una hermosísima señora viuda a la cual dos de nuestros florentinos que por estar desterrados de Florencia vivían en Pistoya, llamados el uno Rinuccio Palermini y el otro Alessandro Chiarmontesi, sin saber el uno del otro, por azar prendados de ella, sumamente la amaban, haciendo cuidadosamente cada uno lo que podía para poder conquistar su amor. Y siendo esta noble señora, cuyo nombre fue Francesca de los Lázzari, frecuentemente solicitada por embajadas y por ruegos de cada uno de éstos, y habiéndoles poco discretamente prestado oídos muchas veces, y queriendo discretamente dejar de hacerlo y no pudiendo, le vino un pensamiento para quitarse de encima su importunidad: y fue pedirles que le hiciesen un servicio que pensó que ninguno podría hacerle por muy posible que fuese, para que, al no hacerlo, tuviese ella honrosa y verosímil razón para no querer escuchar más sus embajadas; y el pensamiento fue el siguiente. Había, el día en que le vino este pensamiento, muerto en Pistoya uno que, por muy nobles que hubiesen sido sus antepasados, era reputado el peor hombre que hubiese no ya en Pistoya, sino en todo el mundo; y además de esto, era tan contrahecho y de rostro tan desfigurado que quien no lo hubiese conocido al verlo por primera vez hubiese tenido miedo; y había sido enterrado en un sepulcro fuera de la iglesia de los frailes menores. El cual pensó ella que podría ser de gran ayuda para su propósito; por la cual cosa dijo a una criada suya:

–Sabes bien el aburrimiento y las molestias que recibo todos los días con las embajadas de estos dos florentinos, Rinuccio y Alessandro; ahora bien, no estoy dispuesta a complacerles con mi amor y para quitármelos de encima me ha venido al ánimo ponerlos a prueba (por los grandes ofrecimientos que hacen) en algo que estoy segura de que no harán, y quitarme así de encima su importunidad; y oye cómo. Sabes que esta mañana ha sido enterrado en el lugar de los frailes menores el Degüelladiós (así era llamado aquel mal hombre de quien hablamos antes) del cual, no ya muerto, sino vivo, los hombres más valientes de esta ciudad, al verlo, tenían miedo; y por ello te irás secretamente en primer lugar a Alessandro y le dirás: "Doña Francesca te manda decir que ha llegado el

momento en que puedes tener su amor, el cual has deseado tanto, y estar con ella, si quieres, de esta manera. A su casa (por una razón que tú sabrás más tarde) debe ser llevado esta noche el cuerpo de Degüelladiós que fue sepultado esta mañana; y ella, como quien tiene miedo de él aun muerto como está, no querría tenerlo; por lo que te ruega, como gran servicio, ir esta noche a la hora del primer sueño y entrar en la sepultura donde Degüelladiós está enterrado, y ponerte sus ropas y quedarte como si fueses él hasta que vengan a buscarte, y sin hacer nada ni decir palabra dejarte arrastrar y traer a su casa, donde ella te recibirá, y estarás con ella y a tu puesto podrás irte, dejando a su cuidado el resto". Y si dice que lo hará bien está; si dice que no quiere hacerlo, dile de parte mía que no aparezca más donde estoy yo, y que si ama su vida se guarde de mandarme mensajeros ni embajadas. Y luego de esto irás a Rinuccio Palermini y le dirás: "Doña Francesca dice que está pronta a hacer tu gusto si le haces a ella un gran servicio, que es que esta noche hacia la medianoche vayas a la sepultura donde fue enterrado esta noche Degüelladiós y, sin decir palabra de nada que veas, oigas o sientas, tires de él suavemente y se lo lleves a casa; allí verás para qué lo quiere y conseguirás el placer tuyo; y si no gustas de hacer esto te ordena desde ahora que no le mandes más ni mensajeros ni embajadas". La criada se fue a donde ambos, y ordenadamente a cada uno, según le fue ordenado, habló; a la cual contestaron ambos que no en una sepultura, sino en un infierno entrarían si a ella le agradaba. La criada dio la respuesta a la señora, que esperó a ver si estaban tan locos que lo harían. Venida, pues, la noche y siendo ya la hora del primer sueño, Alessandro Chiarmontesi, quedándose en jubón, salió de su casa para ir a ponerse en el lugar de Degüelladiós en la sepultura; y en el camino le vino al ánimo un pensamiento muy pavoroso, y comenzó a decirse:
–¡Ah!, ¡qué animal soy!, ¿dónde voy?, ¿y qué sé yo si los parientes de ésta, tal vez percatados de que la amo, creyendo lo que no es la han hecho hacer esto para matarme en la sepultura ésa? Lo que, si sucediese, yo sería el que lo pagaría y nunca llegaría a saberse nada que los perjudicase. ¿O qué sé yo si tal vez algún enemigo mío me ha procurado esto, al cual tal vez ella, amándole, quiere servir?
Y luego decía:
–Pero supongamos que ninguna de estas cosas sea, y que sus parientes vayan a llevarme a su casa: tengo que creer que el cadáver de Degüelladiós no lo quieren para tenerlo en brazos ni para ponerlo en los de ella; sino que tengo que creer que quieren hacer con él cualquier destrozo, como de alguien que en alguna cosa les hizo daño. Ella dice que por nada que sienta diga palabra. ¿Y si ésos me sacasen los ojos, o me arrancasen los dientes, o me mutilasen las manos o me hicieran alguna otra broma semejante, qué sería de mí? ¿Cómo iba a quedarme quieto? ¿Y si hablo y me conocen y por acaso me hacen daño?; pero aunque no me lo hagan, no conseguiré nada porque no me dejarán con la señora; y la señora dirá después que he desobedecido su mandato y nunca hará nada que me contente.
Y así diciendo, casi se volvió a casa; pero el gran amor lo empujó hacia adelante con argumentos contrarios a éstos y de tanta fuerza que le llevaron a la sepultura; la cual abrió, y entrando dentro y desnudando a Degüelladiós y poniéndose su ropa, y cerrando la sepultura sobre su cabeza y poniéndose en el sitio de Degüelladiós, le empezó a dar vueltas en la cabeza quién había sido éste y las cosas que había oído decir que habían sucedido de noche no sólo en la sepultura de los muertos, sino también en otras partes: y todos los pelos se le pusieron de punta, y de rato en rato le parecía que Degüelladiós se iba a poner de pie y a degollarle a él allí. Pero ayudado por el ardiente amor, estos y otros pavorosos pensamientos venciendo, estando como si estuviese muerto, se puso a esperar lo que fuese a ser de él. Rinuccio, al aproximarse la medianoche, salió de su casa para hacer aquello que le había sido mandado decir por su señora; y al ir, entró en muchos y diversos pensamientos sobre las cosas que podrían ocurrirle, tales como poder venir a da a manos de la señoría con el cadáver de Degüelladiós a cuestas y ser condenado a la hoguera por brujo, o de si esto se sabía, suscitar el odio de sus



parientes y de otros tales, por las cuales casi fue detenido. Pero después, recuperándose, dijo:
–¡Ah!, ¿voy a decir que no a la primera cosa que esta noble señora, a quien tanto he amado y amo, me ha pedido, y especialmente debiendo conquistar su gracia? Aunque tuviese que morir con seguridad, no puedo dejar de hacer lo que le he prometido.
Y siguiendo su camino, llegó a la sepultura y la abrió fácilmente. Alessandro, al sentirla abrir, aunque gran miedo tuviese, se estuvo quedo. Rinuccio, entrando dentro, creyendo agarrar el cadáver de Degüelladiós tomó a Alessandro por los pies y lo sacó fuera, y poniéndoselo sobre los hombros, hacia casa de la noble señora comenzó a ir; y andando así y no teniendo consideración con él, muchas veces le daba golpes, ora en un lado, ora en otro, contra algunos bancos que junto a las casas había; y la noche era tan lóbrega y oscura que no podía ver por dónde andaba. Y estando ya Rinuccio junto a la puerta de la noble señora, que a la ventana con su criada estaba para ver si Rinuccio traía a Alessandro, ya preparada para hacer irse a los dos, sucedió que la guardia de la señoría, puesta al acecho en aquel barrio y estando silenciosamente, esperando poder atrapar a un bandido, al sentir el ruido que Rinuccio hacía al andar, súbitamente sacaron una luz para ver qué era y dónde iba, y cogiendo los escudos y las lanzas, gritaron:
–¿Quién anda ahí?
A la cual conociendo Rinuccio, no teniendo tiempo de demasiada larga deliberación, dejando caer a Alessandro, corrió cuanto las piernas podían aguantarlo. Alessandro, levantándose rápidamente, aunque las ropas del muerto llevase puestas, que eran muy largas, también se echó a correr. La señora, con la luz encendida por los guardias óptimamente había visto a Rinuccio con Alessandro encima de los hombros, y del mismo modo había apercibido a Alessandro vestido con las ropas de Degüelladiós; y se maravilló mucho del gran valor de los dos, pero con todo su asombro mucho se rió al ver arrojar al suelo a Alessandro y verlo después huir. Y alegrándose mucho con aquel suceso y dando gracias a Dios que del fastidio de estos dos la había sacado, se volvió dentro y se fue a la cama, afirmando, junto con su criada, que sin ninguna duda aquellos dos la amaban mucho, puesto que habían hecho aquello que les había mandado, tal como se veía. Rinuccio, triste y maldiciendo su desventura, no se volvió a su casa aun con todo esto, sino que, al irse de aquel barrio la guardia, volvió allí adonde a Alessandro había arrojado, y comenzó, a tientas, a ver si lo encontraba, para cumplir lo que le había sido requerido; pero, al no encontrarlo, y pensando que la guardia lo habría llevado de allí, triste se volvió a su casa. Alessandro, no sabiendo qué hacer, sin haber conocido a quien le había llevado, doliente por tal desdicha, semejantemente a su casa se fue. Por la mañana, encontrada abierta la sepultura de Degüelladiós y no viéndosele dentro porque Alessandro lo había arrojado al fondo, toda Pistoya se llenó de habladurías, estimando los necios que se lo habían llevado los demonios. No dejó cada uno de los enamorados de hacer saber a la dama lo que habían hecho y lo que había sucedido, y con ello, excusándose por no haber cumplido por completo su mandamiento, su gracia y su amor pedían; la cual, mostrando no creer a ninguno, con la tajante respuesta de que no haría nunca nada por ellos, puesto que ellos lo que les había pedido no lo habían hecho, se los quitó de encima.

NOVELA SEGUNDA

La cofia de la abadesa

Se levanta una abadesa apresuradamente y a oscuras para encontrar a una monja suya, delatada a ella, en la cama con su amante, y estando un cura con ella, creyendo que se ponía en la cabeza las tocas, se puso los calzones del cura, los cuales, viéndolos la acusada, y haciéndoselo observar, fue absuelta de la acusación y tuvo libertad para estar con su amante.

Ya se callaba Filomena y había sido alabado por todos el buen juicio de la señora para quitarse de encima a aquellos a quienes no quería amar; y, por el contrario, no amor sino tontería había sido juzgada por todos la osada presunción de los amantes, cuando la reina a Elisa dijo graciosamente:
–Elisa, sigue.
La cual, prestamente, comenzó:
–Carísimas señoras, discretamente supo doña Francesca, como se ha contado, librarse de lo que la molestaba; pero una joven monja, con la ayuda de la fortuna, se libró, con las palabras oportunas, de un amenazador peligro. Y como sabéis, son muchos los que, siendo estultísimos, maestros se hacen de los demás y reprensores, los cuales, tal como podréis comprender por mi historia, la fortuna algunas veces merecidamente vitupera; y ello le sucedió a una abadesa bajo cuya obediencia estaba la monja de la que debo hablar.
Debéis saber, pues, que en Lombardía hubo un monasterio famosísimo por su santidad y religión en el cual, entre otras monjas que allí había, había una joven de sangre noble y de maravillosa hermosura dotada, la cual, llamada Isabetta, habiendo venido un día a la reja para hablar con un pariente suyo, de un apuesto joven que con él estaba se enamoró; y éste, viéndola hermosísima, ya su deseo habiendo entendido con los ojos, semejantemente se inflamó por ella, y no sin gran tristeza de los dos, este amor durante mucho tiempo mantuvieron sin ningún fruto. Por fin, estando los dos atentos a ello, vio el joven una vía para poder ir a su monja ocultísimamente; con lo que, alegrándose ella, no una vez, sino muchas, con gran placer de los dos, la visitó. Pero continuando esto, sucedió que él, una noche, fue visto por una de las señoras de allá adentro (sin que ni él ni ella se apercibiesen) ir a ver a Isabetta y volver; lo que a otras cuantas comunicó. Y primero tomaron la decisión de acusarla a la abadesa, la cual doña Usimbalda tenía por nombre, buena y santa señora según su opinión y de cualquiera que la conociese; luego pensaron, para que no pudiese negarlo, en hacer que la abadesa la encontrase con el joven, y, así, callándose, se repartieran entre sí las vigilias y las guardias secretamente para atraparla. Y, no cuidándose Isabetta de esto ni sabiendo nada de ello, sucedió que le hizo venir una noche; lo que inmediatamente supieron las que estaban a la expectativa. Las cuales, cuando les pareció oportuno, estando ya la noche avanzada, se dividieron en dos y una parte se puso en guardia a la puerta de la celda de Isabetta y otra se fue corriendo a la alcoba de la abadesa, y dando golpes en la puerta de ésta, que ya contestaba, dijeron:
–¡Sús!, señora, levantaos deprisa, que hemos encontrado a Isabetta con un joven en la celda.
Estaba aquella noche la abadesa acompañada de un cura al cual hacía venir con frecuencia metido en un arcón; y, al oír esto, temiendo que las monjas fuesen a golpear tanto la puerta (por demasiada prisa o demasiado afán) que se abriese, apresuradamente se puso en pie y lo mejor que pudo se vistió a oscuras, y

creyendo coger unas tocas dobladas que llevan sobre la cabeza y las llaman “el salterio”, agarró los calzones del cura, y tanta fue la prisa que, sin darse cuenta, en lugar del salterio se los echó a la cabeza y salió, y prestamente se cerró la puerta tras ella, diciendo:
–¿Dónde está esa maldita de Dios?
Y con las demás, que tan excitadas y atentas estaban para que encontrasen a Isabetta en pecado que de lo que llevase en la cabeza la abadesa no se dieron cuenta, llegó a la puerta de la celda de ésta y, ayudada por las otras, la echó abajo; y entradas dentro, en la cama encontraron a los dos amantes abrazados, los cuales, de un tan súbito acontecimiento aturdidos, no sabiendo qué hacerse, se estuvieron quietos. La joven fue incontinenti cogida por las otras monjas y, por orden de la abadesa, llevada a capítulo. El joven se había quedado y, vistiéndose, esperaba a ver en qué acababa la cosa, con la intención de jugar una mala pasada a cuantas pudiera alcanzar si a su joven fuese hecho algún mal, y llevársela con él. La abadesa, sentándose en el capítulo, en presencia de todas las monjas, que solamente a la culpable miraban, comenzó a decirle las mayores injurias que nunca a una mujer fueron dichas, como a quien la santidad, la honestidad y la buena fama del monasterio con sus sucias y vituperables acciones, si afuera fuese sabido, todo lo contaminaba; y tras las injurias añadía gravísimas amenazas. La joven, vergonzosa y tímida, como culpable, no sabía qué responder, sino que callando, hacía a las demás sentir compasión de ella. Y multiplicando la abadesa sus historias, le ocurrió a la joven levantar la mirada y vio lo que la abadesa llevaba en la cabeza y las cintas que de acá y de allá le colgaban; por lo que, dándose cuenta de lo que era, tranquilizada por completo, dijo:
–Señora, así os ayude Dios, ataos la cofia y luego me diréis lo que queráis.
La abadesa, que no la entendía, dijo:
–¿Qué cofia, mala mujer? ¿Tienes el rostro de decir gracias? ¿Te parece que has hecho algo con lo que vayan bien las bromas?
Entonces la joven, otra vez, dijo:
–Señora, os ruego que os atéis la cofia; después decidme lo que os plazca.
Con lo que muchas de las monjas levantaron la mirada a la cabeza de la abadesa, y ella también llevándose a ella las manos, se dieron cuenta de por qué Isabetta decía aquello; con lo que la abadesa, dándose cuenta de su misma falta y viendo que por todas era vista y no podía ocultarla, cambió de sermón, y de guisa muy distinta de la que había comenzado empezando a hablar, llegó a la conclusión de que era imposible defenderse de los estímulos de la carne; y por ello calladamente, como se había hecho hasta aquel día, dijo que cada una se divirtiera cuanto pudiese. Y poniendo en libertad a la joven, se volvió a acostarse con su cura, e Isabetta con su amante, al cual muchas veces después, a pesar de aquellas que le tenían envidia, hizo venir allí; las demás que no tenían amante, lo mejor que pudieron probaron fortuna.

NOVELA TERCERA

El varón preñado

El maestro Simón, a instancias de Bruno y de Buffalmacco y de Nello, hace creer a Calandrino que está preñado, el cual da, a los antes dichos, capones y dinero para medicinas, y se cura de la preñez sin parir.

Después de que Elisa hubo terminado su historia, habiendo dado todos gracias a Dios por haber sacado, con feliz hallazgo, a la joven monja de las fauces de sus envidiosas compañeras, la reina mandó a Filostrato que siguiese; el cual, sin esperar otra orden, comenzó:

–Hermosísimas señoras, el poco pulido juez de las Marcas sobre quien ayer os conté una historia, me quitó de la boca una historia de Calandrino que estaba por deciros; y porque lo que de él se cuente no puede sino multiplicar la diversión, aunque sobre él y sus compañeros ya se haya hablado bastante, os diré, sin embargo, la que ayer tenía en el ánimo.

Ya antes se ha mostrado muy claro quién era Calandrino y los otros de quienes tengo que hablar en esta historia; y por ello, sin decir más, digo que sucedió que una tía de Calandrino murió y le dejo doscientas liras de calderilla contante; por la cual cosa, Calandrino comenzó a decir que quería comprar una posesión, y con cuantos corredores de tierras había en Florencia, como si tuviese para gastar diez mil florines de oro, andaba en tratos, los cuales siempre se estropeaban cuando se llegaba al precio de la posesión deseada. Bruno y Buffalmacco, que estas cosas sabían, le habían dicho muchas veces que haría mejor en gastárselos junto con ellos que andar comprando tierras como si hubiera tenido que hacer de destripaterrones, pero no a esto sino ni siquiera a invitarles a comer una vez lo había conducido. Por lo que, quejándose un día de ello y llegando un compañero suyo que tenía por nombre Nello, pintor, deliberaron los tres juntos encontrar la manera de untarse el hocico a costa de Calandrino; y sin tardanza, habiendo decidido entre ellos lo que tenían que hacer, a la mañana siguiente, apostado para ver cuándo salía de casa Calandrino, y no habiendo andado éste casi nada, le salió al encuentro Nello y dijo:

–Buenos días, Calandrino.

Calandrino le contestó que Dios le diese buenos días y buen año. Después de lo cual Nello, parándose un poco, comenzó a mirarle a la cara; a lo que Calandrino dijo:

–¿Qué miras?

Y Nello le dijo:

–¿No te ha pasado nada esta noche? No me pareces el mismo.

Calandrino, incontinenti comenzó a sentir temor y dijo:

–¡Ay!, ¿qué te parece que tengo?

Dijo Nello:

–¡Ah!, no lo digo por eso; pero me pareces muy transformado; será otra cosa –y le dejó ir.

Calandrino, todo asustado, pero no sintiendo nada, siguió andando. Pero Buffalmacco, que no estaba lejos, viéndolo ya alejarse de Nello, le salió al encuentro y, saludándole, le preguntó que si le dolía algo.

Calandrino repuso:

–No sé, hace un momento me decía Nello que parecía todo transformado; ¿podría ser que me pasase algo?

Dijo Buffalmacco:

–Si, nada podría pasarte, no algo: pareces medio muerto.
A Calandrino ya le parecía tener calentura; y he aquí que Bruno aparece, y antes de decir nada dijo:
–Calandrino, ¿qué cara es ésa? Pareces un muerto; ¿qué te pasa?
Calandrino, al oír a todos éstos hablar así, por ciertísimo tuvo que estaba enfermo, y todo espantado le preguntó:
–¿Qué hago?
Dijo Bruno:
–A mí me parece que te vuelvas a casa y te metas en la cama y que te tapen bien, y que le mandes una muestra al maestro Simón, que es tan íntimo nuestro como sabes. Él te dirá incontinenti lo que tienes que hacer, y nosotros vendremos a verte; y si algo necesitas lo haremos nosotros.
Y uniéndoseles Nello, con Calandrino se volvieron a su casa; y él, entrando todo fatigado en la alcoba, dijo a la mujer:
–Ven y tápame bien, que me siento muy mal.
Y habiéndose acostado, mandó una muestra al maestro Simón por una criadita, el cual entonces estaba en la botica del Mercado Viejo que tiene la enseña del melón. Y Bruno dijo a sus compañeros:
–Vosotros quedaos aquí con él, yo quiero ir a saber qué dice el médico, y si es necesario a traerlo.
Calandrino entonces dijo:
–¡Ah, si, amigo mío, vete y ven a decirme cómo está la cosa, que yo no sé qué siento aquí dentro!
Bruno, yendo a buscar al maestro Simón, allí llegó antes de la criadita que llevaba la muestra, e informó del caso al maestro Simón; por lo que, llegada la criadita y habiendo visto el maestro la muestra, dijo a la criadita:
–Ve y dile a Calandrino que no coja frío e iré en seguida a verle y le diré lo que tiene y lo que tiene que hacer.
La criadita así se lo dijo; y no había pasado mucho tiempo cuando el médico y Bruno vinieron, y sentándose al lado del médico, comenzó a tomarle el pulso, y, luego de un poco, estando allí presente su mujer, dijo:
–Mira, Calandrino, hablándote como a amigo, no tienes otro mal sino que estás preñado.
Cuando Calandrino oyó esto, dolorosamente comenzó a gritar y a decir:
–¡Ay! Tessa, esto es culpa tuya, que no quieres sino subirte encima; ¡ya te lo decía yo!
La mujer, que muy honesta persona era, oyendo decir tal cosa al marido, toda enrojeció de vergüenza, y bajando la frente sin responder palabra salió de la alcoba. Calandrino, continuando con su quejumbre, decía:
–¡Ay, desdichado de mí, ¿qué haré?, ¿cómo pariré este hijo? ¿Por dónde saldrá? Bien me veo muerto por la lujuria de esta mujer mía, que tan desdichada la haga Dios como yo quiero ser feliz; pero si estuviese sano como no lo estoy, me levantaría y le daría tantos golpes que la haría pedazos, aunque muy bien me está, que nunca debía haberla dejado subirse encima; pero por cierto que si salgo de ésta antes se podrá morir de las ganas.
Bruno y Buffalmacco y Nello tenían tantas ganas de reír que estallaban al oír las palabras de Calandrino, pero se aguantaban; pero el maestro Simón se reía tan descuajaringadamente que se le podrían haber sacado todos los dientes. Pero, por fin, poniéndose Calandrino en manos del médico y rogándole que en esto le diese consejo y ayuda, le dijo el maestro:
–Calandrino, no quiero que te aterrorices, que, alabado sea Dios, nos hemos dado cuenta del caso tan pronto que con poco trabajo y en pocos días te curaré; pero hay que gastar un poco.
Dijo Calandrino:
–¡Ay!, maestro mío, sí, por amor de Dios; tengo



aquí cerca de doscientas liras con las que quería comprar una buena posesión: si se necesitan todas, tomadlas todas, con tal de que no tenga que parir, que no sé qué iba a ser de mí, que oigo a las mujeres armar tanto alboroto cuando están pariendo, aunque tengan un tal bien grande para hacerlo, que creo que si yo sintiera ese dolor me moriría antes de parir.
Dijo el médico:
–No pienses en eso: te haré hacer cierta bebida destilada muy buena y muy agradable de beber que, en tres mañanas, resolverá todas las cosas y te quedarás más fresco que un pez; pero luego tendrás que ser prudente y no te obstines en estas necedades más. Ahora se necesitan para esa agua tres pares de buenos y gordos capones, y para otras cosas que hacen falta le darás a uno de éstos cinco liras de calderilla para que las compre, y harás que todo me lo lleven a la botica; y yo, en nombre de Dios, mañana te mandaré ese brebaje destilado, y comenzarás a beberlo un vaso grande de cada vez.
Calandrino, oído esto, dijo:
–Maestro mío, lo que digáis.
Y dando cinco liras a Bruno y dineros para tres pares de capones le rogó que en su servicio se tomase el trabajo de estas cosas. El médico, yéndose, le hizo hacer un poco de jarabe y se lo mandó. Bruno, comprados los capones y otras cosas necesarias para pasarlo bien, junto con el médico y con sus compañeros se los comió. Calandrino bebió jarabe tres mañanas; y el médico vino a verle y sus compañeros y, tomándole el pulso, le dijo:
–Calandrino, estás curado sin duda, así que con tranquilidad vete ya a tus asuntos, y no es cosa de quedarte más en casa.
Calandrino, contento, se levantó y se fue a sus asuntos, alabando mucho, dondequiera que se paraba a hablar con una persona, la buena cura que le había hecho el maestro Simón, haciéndole abortar en tres días sin ningún dolor; y Bruno y Buffalmacco y Nello se quedaron contentos por haber sabido, con ingenio, burlar la avaricia de Calandrino, aunque doña Tessa, apercibiéndose, mucho con su marido rezongase.

❧ NOVELA CUARTA ❧

El criado jugador

Cecco de micer Fortarrigo se juega en Bonconvento todas sus cosas y los dineros de Cecco de micer Angiulieri, y corriendo detrás de él en camisa y diciendo que le había robado, hace que los villanos lo cojan; y se viste sus ropas y monta en el palafrén y, viniéndose, lo deja a él en camisa.

Con grandísimas risas de toda la compañía habían sido escuchadas las palabras dichas por Calandrino a su mujer; pero callándose ya Filostrato, Neifile, cuando la reina quiso, comenzó:

–Valerosas señoras, si no fuese más difícil a los hombres mostrar a los demás su buen juicio y su virtud, de lo que lo es la necedad y el vicio, en vano se fatigarían mucho en poner freno a sus palabras; y esto lo ha manifestado suficientemente la necedad de Calandrino, que ninguna necesidad tenía, para curarse del mal que su simpleza le hacía creer que tenía, de mostrar en público los secretos gustos de su mujer. La cual cosa me ha traído a la memoria otra contraria a ella, esto es: cómo la malicia de uno superó el entendimiento de otro, con grave daño y burla del sobrepasado; lo que me place contaros. Había, no han pasado muchos años, en Siena, dos hombres ya de edad madura, llamados los dos Cecco, pero uno de micer Angiuleri y el otro de micer Fortarrigo, los cuales, aunque en muchas otras cosas no concordaban sus costumbres, en una –esto es, en que ambos odiaban a sus padres– tanto concordaban que se habían hecho amigos y muchas veces estaban juntos. Pero pareciéndole al Angiulieri, que apuesto y cortés hombre era, mal estar en Siena con la asignación que le era dada por su padre, enterándose de que en la Marca de Ancona había venido como legado del Papa un cardenal que era mucho su protector, se dispuso a irse a donde él, creyendo mejorar su condición y haciéndole saber esto al padre, arregló con él que le diese en un momento lo que le debía dar en seis meses para que se pudiera vestir y equipar de cabalgadura e ir honorablemente. Y buscando a alguien a quien pudiese llevar consigo a su servicio, llegó esto a oídos del Fortarrigo, el cual inmediatamente fue al Angiulieri y comenzó como mejor pudo a rogarle que lo llevase consigo, y que él quería ser su criado y servidor y cualquier cosa, y sin ningún salario más que los gastos. Al cual respondió Angiulieri que no lo quería llevar, no porque no supiese que era capaz de todo servicio sino porque jugaba, y además de eso se embriagaba alguna vez; a lo que Fortarrigo respondió que de lo uno y lo otro se enmendaría sin duda, y con muchos juramentos se lo afirmó, añadiendo tantos ruegos que Angiulieri, como vencido, dijo que estaba contento. Y puestos en camino una mañana ambos, se fueron a almorzar a Bonconvento, donde habiendo Angiulieri almorzado y haciendo mucho calor, haciéndose preparar una cama en la posada y desnudándose, ayudado por Fortarrigo, se durmió, y le dijo que al sonar nona le llamase. Fortarrigo, mientras dormía Angiulieri, se bajó a la taberna, y allí, habiendo bebido un tanto, comenzó a jugar con algunos, los cuales en poco tiempo habiéndole ganado algunos dineros que tenía, semejantemente cuanta ropa tenía encima le ganaron, con lo que él, deseoso de resarcirse, en camisa como estaba, subió a donde dormía Angiulieri y, viéndolo dormir profundamente, le quitó de la bolsa cuantos dineros tenía, y volviendo al juego los perdió igual que los otros. Angiulieri, despertándose, se levantó y se vistió, y llamó a Fortarrigo, y no encontrándolo, pensó Angiulieri que en algún lugar se habría dormido

borracho, como otras veces había acostumbrado a hacer; por lo que, decidiéndose a dejarlo, haciendo ensillar su palafrén y cargando en él la valija, pensando en encontrar otro servidor en Corsignano, queriendo, para irse, pagar al posadero, no encontró ni un dinero; por lo que el alboroto fue grande y toda la casa del posadero se revolvió, diciendo Angiulieri que le habían robado allí dentro y amenazando a todos con hacerlos ir presos a Siena. Y he aquí que llega Fortarrigo, que para quitarle las ropas como había hecho antes con el dinero venía; y viendo a Angiulieri en disposición de cabalgar, dijo:
–¿Qué es esto, Angiulleri? ¿Tenemos que irnos ya? ¡Ah!, esperad un poco: debe llegar de un momento a otro uno que ha tomado en prenda mi jubón por treinta y ocho sueldos; estoy cierto de que nos lo devolverá por treinta y cinco pagándolo en el momento.
Y mientras estaba hablando todavía, llegó uno que aseguró a Angiulieri que Fortarrigo había sido quien le había quitado sus dineros mostrándole la cantidad de ellos que había perdido. Por la cual cosa, Angiulieri, enojadísimo, dijo a Fortarrigo un gran insulto, y si más al prójimo que a Dios no hubiese temido, habría llegado a las obras; y amenazándolo con hacerlo colgar o hacer pregonar su cabeza en Siena montó a caballo. Fortarrigo, cual si Angiulieri dijese estas cosas a otros y no a él, decía:
–¡Bah!, Angiulieri, haya paz, dejemos ahora estas palabras que no importan un rábano, ocupémonos de esto: nos lo devolverán por treinta y cinco sueldos si lo recogemos ahora, que, si esperamos de aquí a mañana, no querrán menos de treinta y ocho, a como me lo prestó; y me hace este favor porque me fié de él, ¿por qué no ganamos tres sueldos?
Angiulieri, oyéndolo hablar así, se desesperaba, y máximamente viéndose mirar por los que estaban alrededor, que parecía que creían, no que Fontarrigo hubiera jugado el dinero de Angiulieri, sino que aún tenía del suyo y le decía:
–¿Qué me importa tu jubón, así te cuelguen, que no solamente me has robado y jugado lo mío, sino que además has impedido mi partida, y aún te burlas de mí?
Fortarrigo, sin embargo, estaba impasible como si no le hablase a él y decía:
–¡Ah!, ¿por qué no puedes dejarme ganar tres sueldos?, ¿no crees que te los puedo prestar? ¡Ah!, hazlo si algo te importo; ¿por qué tienes tanta prisa? Todavía llegaremos esta noche temprano a Torrenieri. Busca tu bolsa, sabes que podría recorrer toda Siena y no encontraría uno que me estuviera tan bien como éste; ¡y decir que se lo he dejado a aquél por treinta y ocho sueldos! Todavía vale cuarenta y más, así que me perjudicarías de dos maneras.
Angiulieri, aquejado por grandísimo dolor, viéndose robar por éste y ahora ser detenido por su palabreo, sin responderle más, volviendo la cabeza de palafrén, tomó el camino hacia Torrenieri. Al cual, Fortarrigo, poseído de una maliciosa idea, así en camisa comenzó a trotar tras él, y habiendo andado ya sus dos millas rogando por el jubón, yendo Angiulieri deprisa para quitarse aquella lata de los oídos, vio Fortarrigo unos labradores en un campo vecino al camino delante de Angiulieri; a los que Fortarrigo, gritando fuerte comenzó a decir:
–¡Agarradlo, agarradlo!
Por lo que éstos, uno con azada y otro con azadón, parándose en el camino delante de Angiulieri, creyendo que hubiera robado a aquel que venía tras él en camisa gritando, le retuvieron y lo apresaron; al cual, decirles quién era él y cómo había ido el asunto, de poco le servía. Pero Fortarrigo, llegando allí, con mal gesto dijo:
–¡No sé cómo no te mato, ladrón traidor que te escapas con lo mío!
Y volviéndose a los villanos, dijo:
–Ved, señores, cómo me había, partiendo escondidamente, dejado en la posada, después de haber perdido en el juego todas sus cosas. Bien puedo decir que por Dios y por vosotros he recuperado todo esto, por lo que siempre os estaré agradecido.
Angiulieri, por su parte, decía lo mismo, pero sus palabras no eran oídas. Fortarrigo, con la ayuda de los villanos, lo hizo bajar del palafrén y, despojándole de sus ropas, se vistió con ellas, y montado a caballo, dejando a Angiulieri en camisa y descalzo, se volvió a Siena, diciendo por todas partes que el palafrén y las ropas le había ganado a Angiulieri. Angiulieri, que rico creía ir al cardenal en la Marca, pobre y en camisa se volvió a Bonconvento, y por vergüenza no se atrevió a volver a Siena en mucho tiempo; sino que, habiéndole prestado unas ropas, sobre el rocín que montaba Fortarrigo se fue con sus parientes de Corsignano, con los cuales se quedó hasta que por su padre fue otra vez socorrido. Y de este modo la malicia de Fortarrigo confundió el buen propósito de Angiulieri, aunque no fuese por él dejada sin castigo en su tiempo y su lugar.